

Intolerancia religiosa

por Dionisio Byler

En estos días y semanas después del atentado terrorista contra la burla, guasa e irreverencia de mal gusto de las caricaturas de la revista francesa Charlie Hebdo, es fácil atacar el islam. Yo entiendo, sin embargo, que la intolerancia asesina no es más típica del islam que de otras religiones. Desde luego no lo es más que la intolerancia asesina histórica de los cristianos.

Esa veta de fanatismo intolerante y asesino en el cristianismo siempre me ha resultado sorprendente, sin embargo, porque nuestro fundador, Jesús de Nazaret, jamás mató a nadie. No se puede decir lo mismo de Moisés, cuyo fanatismo religioso lo llevó a guerras que él creía ordenadas por Dios; ni tampoco de Muhammad, cuya carrera militar progresó a la vez que la religión que estaba fundando. Pero por cuanto los cristianos también hemos sido proclives al mismo fanatismo asesino, hay que considerar que no es de suyo un problema sectario —donde unas religiones se inclinan más a ello que otras— sino un problema de fondo de la religión en general.

Esto es algo duro de confesar para mí, que he dedicado toda la vida a promover la devoción a Dios y el seguimiento de Jesús. Resulta que por promover el que se siga a Jesús, puede entenderse que soy un líder religioso. Pero la religión en general, y por tanto también el cristianismo que profeso, resulta contener una oscura tendencia a promover el fanatismo, la intolerancia, la cruel persecución, las guerras y el terrorismo. Esto me espanta y me

ofende y me hace recelar de que se me identifique con la religión.

Hay muchas formas de promover actitudes intolerantes que pueden desembocar en violencia. Como profesor de Antiguo Testamento desde hace décadas, quiero centrarme en señalar aquí el peligro que encierran algunos textos bíblicos que no solamente parecerían justificar la guerra y la intolerancia, sino hasta promover ambas cosas. He escrito hace muchos años un librito titulado *Genocidios en la Biblia* —que me costó caro en críticas de algunos sectores evangélicos— y a la postre otros ensayos diversos sobre estas cuestiones¹. Supongo que sería mucho más cómodo para todos si nuestra Biblia no pareciera promover la violencia y guerra religiosa, así como la misoginia y la homofobia.

¹ Mis escritos sobre violencia, guerra, paz y justicia, están compendiados en *No violencia y Genocidios* (Biblioteca Menno, 2014), disponible en la librería online Amazon.com.

Es muy posible que la intolerancia religiosa vaya muy de la mano de una incapacidad de reírse sanamente de uno mismo.

El caso es que al Señor no le salió de las narices consultar con occidentales liberales y tolerantes del siglo XXI cuando inspiró esta colección de escritos. De manera que ahí están y no hay más remedio que aceptarlos como inspirados. Luego también —y esto es de primerísima importancia— vamos a tener que aprender cómo interpretarlos y utilizarlos para la edificación de los cristianos sin que se nos pegue la intolerancia y violencia que algunos pasajes parecen rezumar.

La regla de oro que pronunció Jesús —tratar al prójimo como quisiéramos ser tratados— no debe dejar nunca de orientar nuestra filosofía de vida, nuestra conducta personal y social, y la interpretación que damos a los textos bíblicos.

Y aquí hay que decir bien claro y bien alto que es inaceptable ese retor-



También en este número:

Reflexiones sobre el islam	3
La anomalía del profeta	5
Rituales de transición (7)	7
Diccionario: ortodoxia	8

cimiento de la regla de oro que razona que si yo estuviese en el camino de la perdición, desearía que alguien me corrigiera con toda la vehemencia posible, para cambiar de rumbo. Es inaceptable porque aunque ese fuera el planteamiento, nadie desearíamos ser despreciados, rechazados por la familia y los amigos, torturados y asesinados personalmente (o sometidos a guerra como sociedad), con la finalidad de obligarnos a salvarnos de nuestros pecados. El razonamiento es tan estúpido como suena y más merece una viñeta y carcajada de Charlie Hebdo, que ser considerado con seriedad.

Entiendo que hay diferentes formas de interpretar esos textos de intolerancia, textos que promueven la pena de muerte (a lo asesinos de Charlie Hebdo) para ofensas religiosas, y guerras. Una de mis favoritas, cuando no se te ocurre otra cosa, es la interpretación alegórica. La interpretación alegórica suele estar mal vista tanto por los fundamentalistas como por los que rechazan el mensaje de la Biblia. Ambos pretenden, por igual, que todo lo que pone la Biblia solamente se puede entender de forma rígidamente literal. En la propia Biblia sin embargo, en ambos Testamentos, hallamos interpretaciones alegóricas de escritos bíblicos anteriores. Desde la muy remota antigüedad, entonces, la interpretación alegórica parece haber sido muy practicada.

Entonces pasajes como la conquista del territorio cananeo por los israelitas, o la guerra contra los amalecitas incitada por el profeta Samuel, se pueden interpretar sencillamente como modelos para un radicalismo personal en la lucha contra la tentación y el pecado y a favor de la santidad personal. No sería en ningún caso —¡Sálvenos Dios!— un argumento para arremeter contra nadie sino solamente un argumento para ser radicales en nuestra vida personal, de manera que nuestras conductas y actitudes sean coherentes con lo que enseñó Jesús.

El empleo alegórico de esos pasajes que aparentemente promoverían una religión intolerante o asesina nos enseñaría, entonces, paradójicamente, a ser intolerantes con nuestras propias

Martirio de dos hermanas y seis hermanos anabaptistas, Ámsterdam, 1549.

Grabado de Jan Luiken, 1685, en el *Espejo de los mártires*.



tendencias intolerantes. Así aprenderíamos a ver a cada persona, por pecador redomado que sea, como un ser humano a quien Dios creó con amor y sigue amando con amor eterno. Tolerancia cero para actitudes intolerantes en nuestra propia mente y corazón. Entrega «fanática» al camino de amar al prójimo, el camino del perdón y de las buenas obras.

Una segunda forma de interpretación es la que se fija con atención en el significado de ciertos detalles que las interpretaciones habituales —las que promueven la intolerancia y el fanatismo— suelen descuidar:

Desde luego la disposición de Abraham para asesinar a su hijo Isaac en un rito religioso no es en ningún caso digna de admirar, sino todo lo contrario. Menos mal que Dios envió su ángel para desengañarle y para que se diera cuenta que no siempre que uno oye voces está cuerdo, ni está oyendo de verdad a Dios. Que si oyes a Dios mandarte asesinar a alguien, lo que tienes que hacer es pedir que te ingresen en un siquiátrico. Esto me recuerda una ancianita con la que hablé mientras hacía prácticas de visita pastoral cuando seminarista, que me confesó que no le gustaba cuando Jesús le hablaba, porque era siempre para hacerle proposiciones indecentes. Hasta el día de hoy no sé si estaba loca o se estaba riendo de mí.

Como en este caso, hay en los relatos bíblicos muchas veces detalles que se nos escapan, que nos pueden

conducir a una interpretación mucho más desenfadada —menos proclive al fanatismo intolerante— que las interpretaciones habituales. No siempre descubriremos un ángel como el que salvó a Abraham de sus desvaríos, pero tal vez haya otro detalle igual de útil.

Una tercera forma de argumentar frente a toda la cruel y dura historia de Israel que trae la Biblia, con sus guerras de todo tipo —sin faltar las de fanatismo religioso— es verla en su totalidad, que desemboca en Jesús.

Veríamos entonces que a lo largo de la Biblia, Israel y sus líderes religiosos escogieron un camino equivocado en su pretensión de seguir a Dios. Un camino que desembocó desastrosamente en guerra y destrucción para el propio pueblo escogido de Dios, así como había empezado desastrosamente con guerra y destrucción para los cananeos. Fue un camino que no condujo a ninguna parte, más que a imitar más o menos las conductas de todos los reinos y todas las religiones alrededor. Esto no es «revelación divina», excepto en el sentido de que el Señor nos pone —con la Biblia— un espejo para ver adónde nos conducirá siempre un fanatismo intolerante.

Porque descubrimos a lo largo del Antiguo Testamento que derrotado Faraón y su ejército, sin embargo «Egipto» seguía presente en los corazones de los israelitas. Descubrimos que eliminados con genocidio los cananeos, Canaán y Baal se instalaron

sin inmutarse en la vida y conducta de los vencedores. La «tolerancia cero» contra el pecado ajeno, lo único que hace es disimular la falta de humildad, la carencia de esa actitud de arrepentimiento permanente que debería ser característica de todo auténtico adorador del Dios de la Biblia.

Esto tal vez no se vería con tanta claridad si la historia no hubiera desembocado en Jesús. Él nos enseñó otro camino para su nación Israel, otra visión muy diferente de lo que puede llegar a ser «el reino de Dios».

El problema de nuestras sociedades europeas no es —no lo es exclusivamente, por lo menos— el reto de asimilar un gran número de inmigrantes musulmanes. Al final, los terroristas islámicos probablemente actúan así porque ven que nuestra sociedad europea y nuestros valores de convivencia, están haciendo añicos el estilo de vida tradicional que trajeron desde sus países de origen. Reaccionan así porque se ven en la retaguardia de la historia, dejados atrás por otros valores más humanos. Valores como la capacidad de reírse a lo Charlie Hebdo, de las estupideces que dice y hace la gente religiosa.

El problema que tenemos los que adoramos al Señor y seguimos al Cordero, es el de tomarnos tan en serio nuestra religión, que no somos capaces de ver lo que entiende todo el mundo alrededor: que es cómica nuestra esperanza en que nos salve un tío al que ya se cargaron los romanos hace dos mil años. Para que podamos sostener, a la par, que esto tal vez provoque hilaridad en otros, pero a nosotros nos llena la vida de alegría, satisfacción, relaciones fraternales y ganas de hacer el bien. Y si éste es el efecto, ¿qué puede tener de malo?

Es muy posible que la intolerancia religiosa vaya muy de la mano de una incapacidad de reírse sanamente de uno mismo.

Reflexiones sobre el islam

por Antonio González

El horror de la actividad terrorista suele despertar dos tipos de actitudes en los medios de comunicación, en la sociedad, y también entre los cristianos. Para unos, el islam es una religión intrínsecamente perversa, y el terrorismo es su expresión natural. Para otros, el islam es una «religión de paz», que no se puede identificar con la minoría desquiciada de los yihadistas.

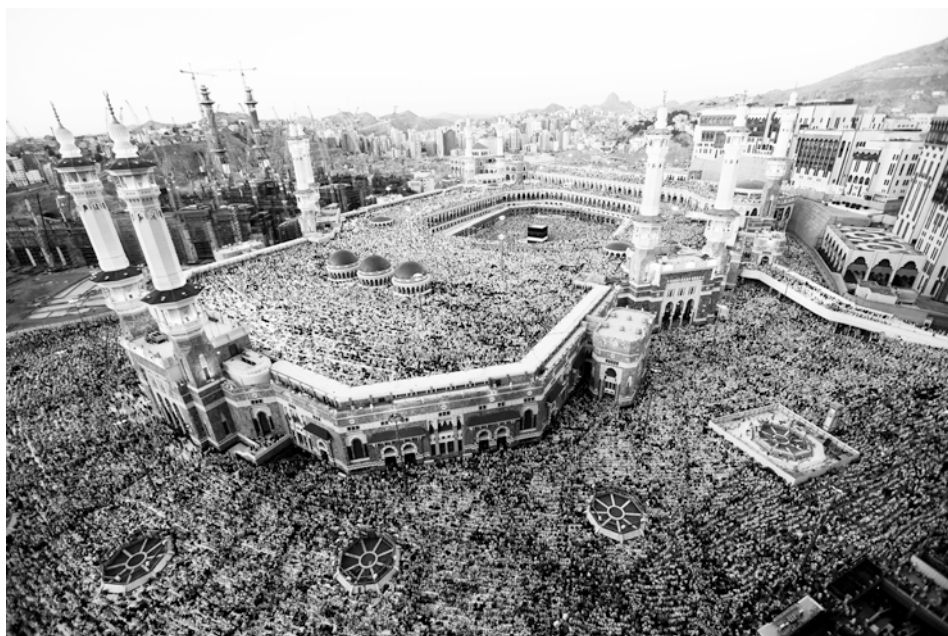
Como suele suceder en la vida, la verdad es algo más complejo. Al menos, lo es desde el punto de vista de la historia de las religiones. En la actualidad, los orígenes del islam están siendo sometidos a un fuerte escrutinio, semejante al que experimentó el cristianismo en el siglo XIX. Algunos eruditos occidentales cuestionan la existencia misma de Mahoma, o su ubicación en el lugar y la fecha que tradicionalmente le ha atribuido el islam. Sin embargo, para la casi totalidad de los musulmanes, la historia tradicional sobre Mahoma, conservada en los *hadices*, sigue siendo el esquema fundamental desde el que entienden los orígenes vinculantes de su religión.

Esta historia tradicional se suele dividir en dos partes, una primera en la Meca, donde gobernaba la tribu a la que pertenecía el mismo Mahoma, y

una segunda en Medina. Esta división sirve todavía hoy para calificar las azoras del Corán, dividiéndolas en mecanas y medinesas.

En la Meca nos encontramos con que Mahoma, enfrentándose a su propia tribu, se convierte en el profeta de un monoteísmo semejante al judeocristiano. Frente al politeísmo de su medio, Mahoma defiende la unicidad de Dios. Frente a la división en tribus, y frente a los privilegios y conflictos de ahí derivados, Mahoma defiende la unidad de todos los creyentes en una nueva comunidad, la *umma*, caracterizada por la igualdad y la fraternidad. Algo no muy lejano a las ideas bíblicas, según las cuales el gobierno de Dios implica la igualdad básica de todos los gobernados por él. Este Mahoma, azote de los ricos y poderosos, es amenazado y perseguido, y su vida llega a estar en peligro, especialmente tras la muerte de su influyente esposa y de su tío, que le habían servido como protección.

Mahoma acepta la invitación para dirimir los conflictos tribales en Medina, adonde huye con sus discípulos. En Medina se convierte no sólo en un mediador y un pacificador, sino que, como líder religioso, va dirigiendo la transición desde una sociedad fundamentalmente tribal hacia una





La toma de Jerusalén por los cruzados el 15 de julio de 1099

Lienzo de Émile Signol (1804-1892)

forma inicial de estado. El profeta de la Meca logra una progresiva concentración del poder coactivo, que pone fin a las interminables venganzas familiares y tribales. El acuerdo en la «Constitución de Medina» es que solamente un poder central podrá castigar los crímenes violentos, y decidir la guerra. Con ello asistimos al nacimiento de la nación árabe como un verdadero estado, más allá de las divisiones tribales. Y el profeta de la Meca se va convirtiendo en un verdadero líder de su nación. En otras palabras: en un jefe de estado.

Como jefe de estado, Mahoma tiene que hacer algo que todavía pertenece a la lógica de los códigos tribales: casarse con las hijas de los líderes tribales, para así asegurar su lealtad. Y como jefe de estado, comienza a tomar medidas violentas contra los enemigos y disidentes, incluyendo la aniquilación de una tribu judía, sospechosa de colaborar con el enemigo. Y es que el naciente estado islámico está en guerra con la Meca, que tras una guerra de desgaste finalmente termina por rendirse al profeta sin mucha resistencia. No sólo eso. El nuevo estado árabe inicia unas conquistas vertiginosas, que lo llevarán, tras la muerte de Mahoma, a constituirse como un enorme imperio, extendido desde España hasta Persia. Un imperio que los «califas» no podrán mantener unido, ni libre de conflictos internos.

En esta historia tradicional nos encontramos con un hecho sorprendente. Mahoma habría realizado en su propia biografía una transición que al

judaísmo y al cristianismo le llevaron siglos, o milenios. Moisés nunca se convirtió en jefe de estado, porque entendía que el verdadero rey era Dios. El estado de Israel, en los relatos bíblicos, fue entendido como un desafío al reinado de Dios, y terminó en fracaso. El rey ungido, anunciado y esperado, no quiso ser rey, en el sentido habitual de la expresión. El Mesías no fundó un estado. Y es que el Mesías renunció a la violencia, característica esencial de todo estado. Y el cristianismo existió renunciando conscientemente a la opción estatal, siendo un pueblo sin estado, en medio de las naciones.

Ciertamente, a partir del siglo IV, primero en Armenia y después en el imperio romano, el cristianismo opta por convertirse en estado. El recurso a la violencia se legitima masivamente

Por supuesto, estas diferencias pueden parecer muy sutiles a aquellos árabes que todavía recuerdan las barbaries de los cruzados, cuando la sangre de mujeres y niños fluía literalmente por las calles de Jerusalén, o que sufren en su propia carne la ocupación o el pillaje violento de sus recursos naturales.

Y se generaliza. Toda la historia de intolerancia y violencia «cristiana» comienza entonces, incluyendo la persecución y la muerte de los disidentes, y de otros cristianos. En muchos aspectos, se puede decir incluso que el islam fue más tolerante que el cristianismo con los grupos minoritarios. Los judíos, los cristianos de diversas tendencias, los mandeos, y otros grupos pudieron vivir a lo largo de los siglos, más o menos tolerados, en territorios musulmanes, mientras que en muchos lugares de Europa las minorías eran completamente destruidas.

Y, sin embargo, el islam tiene un problema. El paso de la oposición profética al estado acontece en la vida misma del fundador, por voluntad expresa de éste. En el caso del cristianismo, la transición sucede siglos después, y a costa de ignorar sistemáticamente los propios textos fundacionales. En cambio, en el islam, las azoras en las que se clama por la tolerancia religiosa, propias del período de la Meca, parecen dar lugar a otras mucho menos tolerantes, propias del período de Medina. El islam no puede borrar de sus propios textos e historias fundacionales las huellas de una transición que comienza con la oposición profética y termina con la constitución de un estado, y de un estado que es islámico. Esto, obviamente, no significa automáticamente el terrorismo, que los musulmanes moderados pueden rechazar fácilmente: el islam no legitima cualquier tipo de guerra. Lo que sí significa es que el islam tiene en sí mismo una dificultad

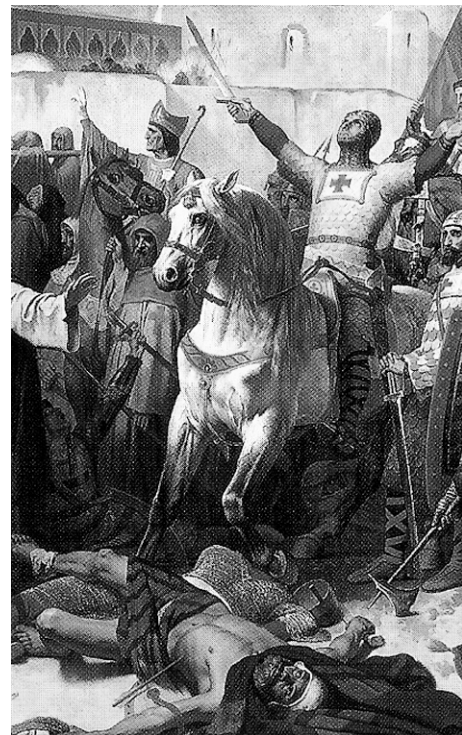
para evitar el integrismo, si por «integrismo» entendemos la voluntad de integrar la religión y la política, utilizando los recursos del estado.

Por supuesto, estas diferencias pueden parecer muy sutiles a aquellos árabes que todavía recuerdan las barbaries de los cruzados, cuando la sangre de mujeres y niños fluía literalmente por las calles de Jerusalén, o que sufren en su propia carne la ocupación o el pillaje violento de sus recursos naturales. En realidad, uno no puede juzgar a ningún musulmán, ni a nadie, por la propia interpretación de sus textos e historias fundacionales. Cada uno tiene derecho a hacer su propia lectura, y a vivir de acuerdo a ella. Y sin duda hay actualmente interpretaciones moderadas del islam, que se esfuerzan por hacer un lugar para el pluralismo y para la democracia.

Los cristianos, por su parte, deberían abstenerse de las fáciles generalizaciones. Quien diga que el islam es intrínsecamente violento y que tendría que ser prohibido, o estrictamente controlado por las autoridades, tendrá que oír, al día siguiente, de boca de sus vecinos ateos, la misma generalización: todas las religiones son violentas, y tendrían que ser prohibidas o estrictamente controladas por el estado. De hecho, no faltan intelec-

tuales que dicen eso. Y, de hecho, todavía hoy, posiblemente la mayoría de las denominaciones cristianas, la mayoría de los teólogos, y la mayoría de los cristianos en el mundo consideran que la incorporación de los cristianos al gobierno, el uso de la violencia legítima, propia del estado, o la existencia de sociedades en algún sentido «cristianas» son metas deseables. En ese sentido, las tradiciones cristianas parecen volver siempre a pensar lo mismo: confrontar a Mahoma con los métodos de Mahoma.

Como cristianos radicales, nos compete hacer memoria de Jesús, del Mesías que no fue rey. Y que, al no serlo, el Mesías mostró en qué consiste verdaderamente el reinado de Dios. Porque la afirmación de que el reinar de ese Mesías, muerto y resucitado, es el reinar *de Dios* significa declarar lo más explosivo que han oído los siglos: que Dios reina desde abajo, que Dios reina desde la debilidad, que Dios reina desde el servicio, que Dios reina mediante la libertad de quienes acogen su reinado. La única manera *cristiana* de confrontar la violencia es la no violencia. Precisamente por eso no somos estado: porque la esencia del estado es la violencia. Si verdaderamente Dios estaba en Cristo, reconciliando el mundo consigo, ningún integrismo monoteísta es posible, ni



cristiano, ni judío, ni musulmán. Y, precisamente por eso también, ninguna nueva tiranía atea o «laica» es legítima, porque la fuente última de autoridad no se puede identificar nunca, de ninguna manera, con el poder de algún estado. El verdadero y único Dios, el Creador de los cielos y de la tierra, no estaba en los palacios de Caifás, ni en los palacios de Pilato, ni en los palacios del César.

La anomalía del profeta

por Millard C. Lind¹

En el llamamiento de Jeremías, hallamos una anomalía que es característica de los grandes profetas de Israel:

¡Fíjate! He puesto mis palabras en tu boca.

¡Mira! Hoy te he constituido como supervisor sobre naciones y sobre reinos —Jer 1,9-10.

En la historia del Oriente Próximo (y del mundo entero) el que supervisa las naciones fue siempre el rey guerrero. ¿Cómo hemos de entender el hecho de que ahora sea un profeta el que está sobre las naciones, un hombre cuyo único reclamo de poder político sea el hablar las palabras de Dios? [...]

Esta forma del verbo hebreo (que viene a significar *constituir como supervisor, dar potestad, poner sobre, entregar autoridad*) aparece unas veintinueve veces en el Antiguo Testamento. De las veintitrés veces que figura en relación con personas,

se emplea quince veces en un sentido «secular» con respecto a un cargo político o militar. En los siguientes casos, el verbo aparece con la palabra *sobre*, tal como figura aquí en Jeremías 1,10:

había puesto a Godolías como gobernador sobre ellos —Jer 40,11

puso sobre ellos a Godolías como gobernador —2R 25,22

Y proceda Faraón a poner gobernadores sobre la tierra —Gn 41,34

y lo puso como encargado sobre toda su casa —Gn 39,4

¹ Millard C. Lind, *Monotheism, Power, Justice: Collected Old Testament Essays* (Institute of Mennonite Studies, 1990), primeras páginas (pp. 109-112) del Capítulo 10. Trad. DB para *El Mensajero*.



Las lamentaciones de Jeremías (detalle). Lienzo de Rembrandt (1639).

los puso el rey David al mando de [sobre] los rubenitas —1Cr 26,22 y ponedlas bajo su cargo [ponedlos sobre ellas] para que las vigilen —Jos 10,18

En vista de cómo se suele emplear esta expresión, así como el contexto de Jer 1,10, aquí solamente puede indicar un nombramiento oficial, un nombramiento a ejercer un cargo sobre las naciones. Este gran profeta en Israel, caso único en todo el Oriente Próximo que se sepa, fue considerado por Israel como el cargo político principal, designado por el Señor. Como funcionario del Señor, está al mando de las naciones para levantar y para derribar.

Si bien el profeta queda constituido como funcionario político del Señor con potestad sobre todas las naciones del mundo, no hay que olvidar la anomalía. Su autoridad no descansa en el poderío militar (que no tiene), sino en la palabra del Señor: *¡Fijate! He puesto mis palabras en tu boca. ¡Mira! Hoy te he constituido como supervisor sobre naciones y sobre reinos.* Ésta es la anomalía que resulta tan extraña para la historia del

Oriente Próximo y del mundo entero. La potestad política no deviene aquí en última instancia de un cargo que representa un poderío violento, sino que su único poder es la palabra del Señor.

Jeremías reconoce que el Señor ha constituido también a otros funcionarios políticos. Muy temprano en su ministerio pudo observar el lugar que ocupa el poder político violento. Identificado primero como «todos los reyes del norte» (Jer 1,15), este poder se identifica a la postre como Nabucodonosor de Babilonia, el «siervo del Señor» (Jer 27,6).

Jeremías alude en tres oportunidades a que el Señor llama a Nabucodonosor «mi siervo». Una de las más dramáticas —tal vez la más auténtica— de las tres es el oráculo al grupo de embajadores reunidos en Jerusalén: *Ahora he dado todas estas tierras como posesión a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo...* (Jer 27,6). Si Jeremías hubiera tenido la mentalidad que era habitual en el Oriente Próximo sobre la relación entre el poder político y la deidad, le habría bastado con oír al Señor pronunciar en

su llamamiento: «Mira, hoy he constituido a Nabucodonosor como supervisor sobre naciones y sobre reinos». Evitando así la anomalía, la elección de Nabucodonosor por parte del Señor habría análoga al llamamiento del rey Ciro por parte del dios Marduk, según reza una inscripción de la época.

En consonancia con la anomalía, sin embargo, observamos el oráculo dramático sobre la destrucción de Babilonia (Jer 51,59-64), pronunciado probablemente en vísperas de su oráculo sobre las naciones. El reino de Babilonia, cuyo vehículo de potestad política violenta era Nabucodonosor, siervo del Señor para someter naciones, sería a su vez destruido también mediante otra potestad política violenta. Es la ilustración perfecta de algo que diría Jesús: *Los que tomen la espada, a espada perecerán.* Aunque Jeremías viera a Nabucodonosor como funcionario del Señor, Nabucodonosor no representaba sin embargo el cargo principal del reinado del Señor. Por consiguiente, su elección no es en absoluto equivalente a la elección de Ciro por el dios Marduk. Los oráculos positivos de Jeremías con respecto a Nabucodonosor no están reñidos con el oráculo sobre su propio cargo en tanto que profeta.

Otro funcionario político que reconoció Jeremías fue el rey Josías. Si Jeremías hubiera entendido que Josías era el camino hacia un futuro donde el imperio de David se reconstituiría, podría tal vez haber compartido el entusiasmo que expresa el historiador deuteronomista con respecto a las reformas de Josías (2R 23,1-25). El oráculo sobre su llamamiento podría haberse ajustado al espíritu del momento cuando Jeremías empezaba su ministerio: «Mira, hoy he constituido a Josías como supervisor sobre naciones y sobre reinos».

Ya que Jeremías tenía una buena opinión de Josías (Jer 22,15-16), sus críticas de la reforma de Josías resultan sorprendentes (Jer 3,6-10). No enfatiza la idea del rey de Jerusalén como mesías (Jer 23,5-6; 33,14-18) ni le interesa el carácter militar del soberano futuro. Es evidente que el rey tal cual era concebido en el Oriente Próximo, no es lo principal en su manera de entender el futuro.

El profeta queda constituido sobre todas las naciones, pero no para gobernar como representante de un poder violento, sino por la palabra del Señor. El pueblo responde a la ley no por temor a la policía, sino como respuesta interior en conformidad con la ley, por una motivación interior para la obediencia.

A la vez que Jeremías rebaja la temática «mesiánica», sus oráculos positivos sobre el futuro de Israel y las naciones alrededor resultan coherentes con el cargo anómalo del profeta. Llama a Israel a volver al Señor para que se cumpla la promesa hecha a los patriarcas: «Entonces las naciones serán bendecidas y se gloriarán en el Señor» (Jer 4,2). Que las naciones vuelvan a arraigar en su tierra no depende de su poderío militar sino de que aprendan los caminos del Señor: «... si aprenden diligentemente los caminos de mi pueblo [...] serán edificados en medio de mi pueblo» (Jer 12,14-17).

Uno de los oráculos más citados de Jeremías es la promesa de un pacto nuevo (Jer 31,31-34). Aunque sólo versa sobre Israel, describe magníficamente la meta del Antiguo Testamento. [...] No es que Jeremías se salga aquí de los lineamientos de la «religión estatal» para proponer una religión de sentimentalismo individual. El pasaje no habla solamente de individuos sino de Dios y su pueblo. Como sucede en la vida de cualquier comunidad, sigue haciendo falta la ley. Sin embargo el poder de la violencia para hacer cumplir la ley viene aquí sustituido por la respuesta voluntaria a la palabra del Señor. La ley está «escrita en el corazón».

Este gran pasaje se corresponde entonces con el carácter anómalo del llamamiento profético del capítulo 1. Allí el profeta queda constituido sobre todas las naciones, pero no para gobernar como representante de un poder violento, sino por la palabra del Señor. Aquí en el capítulo 31, el pueblo responde a la ley no por temor a la policía, sino como respuesta interior en conformidad con la ley, por una motivación interior para la obediencia.

Rituales cristianos de transición

7. Parto

por Dionisio Byler

Muchos lectores de El Mensajero, seguramente se habrán extrañado al ver esta palabra, *parto*, en una lista de «rituales cristianos de transición». ¿Y eso? —se habrán preguntado.

Desde que los humanos somos humanos, el alumbramiento de nuestros hijos pende de un equilibrio precario entre el tamaño inmenso del cerebro al nacer (en comparación con otras especies) y la estrechez del paso dictada por caderas hechas para andar sobre dos piernas y no cuatro patas. El resultado es que el parto humano es normalmente difícil y hasta peligroso. Hasta hace poco morir en el alumbramiento o de hemorragias posteriores no era extraordinario. Sin ir más lejos, mi abuela paterna. Tampoco ha sido nunca «típico» morir pariendo, naturalmente; que si no, habríamos desaparecido.

La proximidad del parto se vive con mucha ilusión, esperanza y felicidad,

pero también con cierta preocupación por las complicaciones que pueden suceder. Aunque hoy día no suele peligrar la vida como antaño, el trabajo de parto suele durar horas y ser sumamente incómodo, por no decir doloroso. No siempre. Hay quien dice disfrutarlo.

Nada más natural, entonces, en una comunidad fraternal donde nos amamos unos a otros como una gran familia de hermanos y hermanas, que rodear a la mujer a que le falta poco para dar a luz y orar juntos por ella.

Y no es más que esto —nada más pero tampoco nada menos— lo que hemos querido resaltar como uno de los «rituales de transición» a lo largo de la vida de los cristianos.

Toda ocasión de intercesión, por cualquier motivo, es buena para que surjan palabras de bendición, tal vez la lectura en voz alta de algún versículo y hasta algún pronunciamiento profético espontáneo. Cuando los hermanos y hermanas rodeamos a uno de los nuestros para pedir a Dios por ella y para bendecirla en el nombre del Señor, el propio Señor suele guiar nuestras palabras, con poder y con gracia.

Nunca sobra tampoco, en estas ocasiones, incluir en la oración al esposo, encomendándolo al Señor para que sepa acompañar a su esposa con fe y gracia durante las horas de duro trabajo de parto.

Lo más parecido a un ritual puede ser aquí sencillamente la imposición de manos, para bendición. Pero tal vez haya alguien en la comunidad con especial creatividad para estas cosas, que se le ocurra otras maneras de escenificar la gracia, el amor y la Presencia de Dios que acompañarán a la parturienta. Pienso en actos simbólicos que ayudan a visualizar el cuidado de Dios y su protección y promesa —y así potenciar la fe.



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

ortodoxia — 1. La enseñanza correcta. 2. En la historia del cristianismo, el conjunto de doctrinas cristianas acordadas por los obispos bajo la tutela del emperador. 3. En las divisiones entre cristianos, lo que cada sector considera sostener fielmente aunque los demás lo hayan abandonado.

1. En la Biblia no aparece el término «ortodoxia» en sí, aunque desde luego la idea de ceñirse a la enseñanza correcta sí está presente. Se recordará que Hechos 2,42 nos informa que los bautizados el día de Pentecostés perseveraban en la doctrina de los apóstoles. Aquí la palabra «doctrina», por cierto, tal vez quedaría mejor traducida del griego como «enseñanza». En este contexto y otros del Nuevo Testamento, lo importante parece ser conservar una actitud de disposición a aprender de los apóstoles, así como ellos habían aprendido del Maestro, Jesús.

Naturalmente, con el paso de los años Pablo y los demás apóstoles desarrollaron, por inspiración del Espíritu Santo, temas sobre los que no se sabe que se haya pronunciado Jesús. Lo que siempre iba a ser necesario, sin embargo, para ellos y para cualquier cristiano posterior, era poder defender que lo que ahora se enseñaba era coherente y manifestaba continuidad con lo que Jesús sí dijo.

Aquí es importante reconocer el papel fundacional que tiene Jesús: sus palabras que se conservan y las conductas y actitudes y formas de tratar al prójimo que se recuerdan de él. El libro de Apocalipsis es probablemente en el Nuevo Testamento el que más tarde se escribió. Es obvio que no se limita a solamente repetir palabras de Jesús. Sin embargo en Ap 19,10 el ángel revelador le dice al autor: «Soy un siervo compañero tuyo y de tus hermanos que se ciñen al testimonio de Jesús [...] Por cuanto el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía».

El testimonio de Jesús —sus palabras, pero también su forma de comportarse hasta el extremo de dejar la vida por sus enemigos y los de su

pueblo— son entonces el punto de partida y el punto de llegada de toda «sana doctrina» en el Nuevo Testamento. Todo lo que digamos ser cierto con respecto a la vida que agrada a Dios y es propia de los cristianos, tiene que medirse con lo que sabemos de la vida y muerte y palabras de Jesús.

2. El cristianismo proliferó durante los primeros siglos con una impresionante diversidad de expresiones locales, según el Espíritu daba revelación a sus líderes y según iban surgiendo tradiciones regionales en la práctica del seguimiento de Jesús.

Cuando el emperador Constantino venció a sus enemigos tras adoptar un símbolo cristiano como talismán para sus batallas, decidió que tocaba favorecer a los cristianos en lugar de perseguirlos. Le pareció disparatada, sin embargo, la extraordinaria riqueza de diversidad que había en la enseñanza que sostenían los cristianos. Convocó entonces a los obispos de todo el imperio para ponerlos de acuerdo.

El tema en que se fijaron para decidir quién era o no «ortodoxo» —quién sostenía o no la enseñanza cristiana correcta— fue la definición filosófica exacta de la naturaleza de Jesús, a la vez humano y divino. Desde luego es algo sobre lo que Jesús mismo no se sepa que se pronunciara y sobre lo que «el testimonio de Jesús» parecería admitir que los cristianos de buena voluntad pudieran cada cual sostener sus propias ideas. Sin embargo desde entonces, la «ortodoxia» cristiana es la que acepta incondicionalmente el Credo que salió de aquella convocatoria imperial.

Definido este tema como el esencial para la «ortodoxia», el debate no hacía más que empezar. A lo largo de los siglos fue habitual perseguir hasta la muerte a los que no aceptaban lo que cada partido entendía ser «ortodoxo». La división resultante entre la iglesia oriental *nestoriana*, la iglesia imperial griega *ortodoxa* y la iglesia occidental *católica* jamás ha podido superar el trauma de tanta sangre derramada.

3. Aunque la iglesia se encontró dividida en esos tres bloques regionales desde la antigüedad, no dejarían, naturalmente, de surgir diferentes movimientos, corrientes y formas de pensar en cada una de las regiones. Aquí en Occidente la división más notable fue la escisión de los protestantes, seguida de una proliferación de iglesias evangélicas y sectas de diversa índole a lo largo de estos últimos 500 años.

Los cristianos de cualquiera de estos diferentes grupos, se entienden ser siempre ellos mismos «ortodoxos» en aquel aspecto de la enseñanza cristiana que ellos sostienen ser el más esencial. Aunque hoy día parece feo acusarnos unos a otros de «herejes», sigue siendo usual pretender cada cual ser quien de verdad sostiene la «sana doctrina», la «ortodoxia».

Como el Apocalipsis, tal vez no haríamos mal en volver siempre al «testimonio de Jesús». Menno puso en la portada de cada uno de los libros que escribió, el siguiente texto: *Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo* —1Co 3,11.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMYHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMYHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMYHCE.

www.menonitas.org